

LOS BICHOS

(Tomado de Mis recuerdos de La Güira, testimonio inédito sobre la Campaña de Alfabetización)

Adelaida Macías Saínez

Como casi todas las muchachitas capitalinas, una de las cosas a las que más miedo le tenía era a los bichos, desde la ya conocidas cucarachas, más frecuentes en mi medio habitual, hasta aquellos cuyo solo nombre me ponía los pelos de punta, donde estaban incluidos alacranes, arañas peludas, ranas, ratones y murciélagos, cuya presencia en el campo era común.

Dadas las características de nuestras casas y, sobre todo, por tener el techo de guano, desde el principio supimos que no era raro que todo tipo de animalejos rondaran nuestro medio, sobre todo de noche, donde todos ellos parecen confabularse para hacer de las suyas.

Aunque a veces hiciera un esfuerzo por disimularlo, no siempre lograba ocultar mis temores. No faltó, sobre todo en los primeros tiempos, que algunos de los muchachos del barrio o de la casa quisieran asustarnos de vez en cuando haciéndonos la gracia de amenazarnos con echarnos alguno de esos bichos, pero generalmente algún adulto tomaba partido en defensa de nosotras y acabaron por dejarnos tranquilas.

Claro está que en todo ese miedo también influía la tradición popular, que si te picaba una araña de las llamadas viudas negras te morías, que si te orinaba un ratón te quedabas ciega, que si el veneno de ciertos alacranes era mortal o te producía parálisis, y así por el estilo.

Con el tiempo descubrí que no todo era cierto aunque, por ejemplo, en el caso de los alacranes llegué a saber que no todos eran iguales, que algunos tenían un efecto más fuerte que otros y que incluso había personas más sensibles o alérgicas a su picada, como era el caso de uno de mis alumnos llamado Ricardo, que frecuentemente era picado como ocurría con muchos chapeadores de potreros, pero al que cada vez le producía un efecto mayor, pues se le hinchaban las manos –en esas ocasiones no podía coger ni el lápiz para las clases- y hasta la lengua, lo que también mucho después supe que podía ser muy peligroso.

Por el miedo que teníamos de que por la noche, mientras dormíamos, se nos fuera a meter alguno de esos animalitos en la cama, uno de los rituales más importantes era acomodar el mosquitero cuando nos acostábamos. Esta era una tarea cuidadosa, pues después de meternos en la cama teníamos que ir acotejándolo por todo el borde de la colchoneta hasta que estábamos seguras de que no quedaba ningún espacio por donde pudiera colarse alguno de ellos.

Aún así, después que nos acomodábamos, había veces en que el ruido de su presencia nos mantenía despiertas, como ocurría con los ratones que salían a divertirse correteando por los horcones del techo –y yo muriéndome- aunque finalmente acabábamos durmiéndonos.

El mosquitero también sufría una minuciosa revisión de vez en cuando pues si descubríamos algún huequito había que someterlo a reparación inmediata con los buenos auspicios de la abuela Conchita.

Había también que tomar algunas precauciones, como al levantarnos por la mañana, en que debíamos sacudir la ropa que nos íbamos a poner o revisar las botas antes de meter el pie, so pena de sufrir alguna sorpresita traicionera de alguno de aquellos bichos.

No obstante esas medidas de precaución, una mañana tempranito, aun habiendo sacudido mi pantalón, como de costumbre, me vestí, fui a la letrina y ya cuando estaba de vuelta en la cocina tomándome una tacita de café sentí que algo me dio un latigazo en la pierna. Casi sin pensarlo comencé a quitarme el pantalón y entonces sentí el segundo chuchazo, con un ardor muy intenso.

Cuando terminé de desvestirme y sacudí nuevamente el pantalón saltó un alacrancito chiquito y colorado que había sido el causante de mi desgracia y que, por suerte, no se había movido hacia otro lugar donde los efectos de la picada hubieran sido más trágicos. Rápidamente abuela Conchita agarró una de las chismosas, la abrió y me dio unas fricciones de luz brillante que surtieron efecto, porque salvo el dolor de las picadas estas no me produjeron ningún otro malestar.

Realmente nunca podré saber si efectivamente la sapiencia popular que atribuía a ese remedio un efecto inmediato tenía razón o si yo, afortunadamente, no era sensible o alérgica al veneno de los alacranes, ya que, por suerte, nunca más en mi vida he sido picada por ellos.

Lo que sí sé con seguridad es que la peste a luz brillante no se me quitó en unos cuantos días, a pesar de mis esfuerzos por desaparecerla a base de agua y jabón.

De ahí en adelante tuve que reforzar mis medidas de protección y no solo sacudir la ropa, sino virarla al revés, para estar convencida de que no sería nuevamente atacada.